

El arte de caminar y ver

Mauricio Eduardo Hernández Rascón
 Universidad Autónoma de Baja California
 mauricio.hernandez@uabc.edu.mx
<https://orcid.org/0000-0003-4890-5768>

La ciudad tiene tiempos muy específicos, se vive en todo momento entre el caos y la paz, se mantiene entre el movimiento y la estática, entre la viveza y la pasividad, donde la sorpresa se esconde entre los tiempos y los espacios con la intención de modificarlos, de romper el orden por un momento y reajustar a quien la vive y la transita.

Entre los rincones de la multitud apresurada y del bullicio constante, emerge el flâneur, un observador urbano, inmortalizado por Charles Baudelaire en 1863 en su obra titulada *El pintor de la vida moderna*, que se planta con curiosidad y actitud contemplativa ante la ciudad para intentar capturar y revelar sus secretos a través de su arte: caminar.

La vista es su extensión más importante, su herramienta para poder percibir lo efímero de la vida en la calle, ya que la construcción de ella se convierte en un elemento clave en su práctica. Reconoce las calles como el escenario principal, asignando un carácter distintivo a cada una de ellas. Desde las ruidosas avenidas comerciales hasta los estrechos callejones llenos de historia en cada rincón, que después tendrán su momento para contar.

Este paseante se reconoce entre estos laberintos y en ellos persigue la esencia misma de la existencia humana, alejándose a su vez de la suya, porque al mirar no siempre es consciente, es la calle la que le guía; porque no hay mejor lugar donde esconderse que allá afuera, reafirmando su privacidad exponiéndose a lo público, deslizándose en-

tre el anonimato de otros rostros que también recorren las calles, pero no como un mero espectador, no es el turista que llega a la ciudad curioso por conocer aquello que vio a través de otros medios y que llama la atención por su necesidad de ver. Su mirada, por el contrario, está entrenada en la observación minuciosa, donde traza las fachadas de los edificios y reconoce las señales que anuncian el paso del tiempo, analizando los detalles aparentemente insignificantes.

Su presencia se convierte en un acto de resistencia y reivindicación, Walter Benjamin en *El libro de los pasajes*, un texto inacabado que se editó por primera vez en 1983 en Fráncfort, Alemania, ve a este personaje, como alguien que busca comprender la realidad tal como es, pero también cuestionar y desafiarla. Que revela las desigualdades sociales, las injusticias y los conflictos que se esconden bajo la superficie de la vida urbana. La vista se convierte en un medio de denuncia, una forma de dirigir la atención a los problemas y las contradicciones de la sociedad. Benjamin propone una vista alejada de la postura capitalista de Baudelaire, ya no es el hombre blanco de dinero que tiene el tiempo para salir y reflexionar sobre lo que ve, la práctica de ver regresa al sector popular.

Las calles se convierten en espacios que nutren la creatividad del paseante, y es a través de recursos visuales, como la fotografía, que esta extensión de la vista permite capturar los momentos. No solo como una representación superficial de la realidad, sino

una ventana hacia lo oculto de la sociedad. La cámara, a su vez, se convierte en un elemento más de su ojo, para atrapar en el tiempo lo efímero y capturar la naturaleza de la vida en la calle. Cada imagen como fragmento de la realidad, da un testimonio visual de la vida y de la complejidad de las interacciones sociales.

El flâneur asume un papel de cronista de la sociedad, que busca estimular la reflexión a través de su colección visual. Este archivo plantea interrogantes sobre las divisiones de clase social, sexogenéricas, los cambios y las transformaciones urbanas. Así la fotografía reconstruye el escenario social y, aunque complejo, es un llamado a mirar más allá de lo evidente y explorar las capas más profundas de la realidad y describir los intercambios, conflictos y las contradicciones que conforman el tejido de la ciudad.

El arte del caminar hace la invitación

a mirar la ciudad con nuevos ojos y a reflexionar sobre el complejo entramado social y cultural que la define, y al mismo tiempo pone en cuestión por qué el paseante usualmente se asocia con características específicas como el que se construye desde lo teórico, así mismo a ver los bordes que se crean a partir de otras prácticas, como en la fotografía, que permite mirar a través de la vista de alguien más, pero ¿se puede ver a la ciudad y vivirla de la misma forma que el paseante a través de ella?

El retomar la vista y el caminar desde los estudios socioculturales permite contemplar el escenario complejo que representa el espacio urbano. Se reitera que la mirada y las rutas a seguir, ya sea con la vista o con el transitar, ya no son herramientas pasivas para la comprensión de la ciudad, sino que brindan elementos para entender relaciones complejas, construir su entorno y participar de manera activa en la vida cotidiana. Si bien, el flâneur, en un principio, no inicia de manera crítica al recorrer las calles, es su comprensión de la realidad y la búsqueda del significado de lo que le rodea, lo que guía sus recorridos y crea una reflexión sobre ello. Dentro de la propuesta de investigación que llevo a cabo, la vista y el caminar son herramientas indispensables; ya que es la forma en la que guío las rutas por recorrer y las ya recorridas, así mismo, el situarse como “el observador” ayuda a reconocer la ciudad de una forma diferente, alejando la idea principal de la visión del foráneo o el turista, siendo más crítico con lo que se observa en la ciudad con el fin de comprender el fenómeno de vivir, habitar y transitar.